

men al matrimoniarse a la fuerza a un pobre hombre, sumiso y obediente hasta el sacrificio.

La lluvia arreciaba y amenazaba con entrar por los vitrales sacudiendo violentamente las ventanas y puertas. Lo que había sido agua mansa era ahora una verdadera catarata acompañada de truenos y relámpagos. Al compás de esta sinfonía siniestra e infernal, Sebastián tomaba como esposa para toda la vida a la amante de su padre. Esther lloriqueaba de emoción, derramando el rimel que en cantidades fabulosas se había embadurnado en sus pegajosas pestañas. Se veía tan monstruosamente ridícula con su vestido de tafeta blanco que parecía un tamal con pasas que le brotaban de los ojos.

A la hora de las felicitaciones aquella dama gorda, ahora convertida oficialmente en señora, seguía llorando quizá de arrepentimiento o tal vez de gusto, la verdad no se sabía, pero al mirar a través de los gruesísimos cristales de los lentes, sus enormes ojos de ternera a medio degollar, acusaban un chispazo de alegría. ¡Entonces pues, la bribona estaba contenta con el cambio que el destino le deparaba de trocar al padre por el hijo!

La ceremonia había concluido y aún llovía a cántaros. Las calles eran unos verdaderos ríos imposibles de cruzar. Las bestias de tiro estaban inquietas como oliendo la tragedia que se avecinaba relinchando enloquecidas.

A duras penas y nadando materialmente salimos del templo que se encontraba a sólo una cuadra de la casa. Esther era un objeto difícil de manejar por su voluminosidad, cayendo a cada instante al suelo, arruinándose su peinado, su vestido y también sus rollizas rodillas. En medio de aquella tempestad entre las luces moradas de los relámpagos, todos los invitados y testigos de la boda, luchaban a brazo partido para dominar a los caballos que asustados escapaban desbocados, quedándose algunas de las personas a pie y quienes olvidándose de los animales se dirigían apresuradamente a sus casas completamente empapados.

Un rumor sordo y luego un gran estallido fue el comienzo del final. —¡La represa, la represa, se ha reventado!

Las voces aquellas estaban preñadas de un pánico aterrador. El drama de la inundación se iniciaba...

XIV

Aquel fatídico día del casamiento de Sebastián amaneció lloviendo en una forma más pertinaz que los días anteriores, aumentando gradualmente la fuerza de la lluvia hasta convertirse finalmente en un verdadero chubasco.

Serían las once y media de la mañana cuando recién concluida la ceremonia religiosa, se escuchó a lo lejos un fuerte ruido que retumbó en la bóveda de la iglesia. La represa, la nueva represa, casi recién construida, no pudo soportar la fuerte presión a que se vio sometida y tuvo que rajarse abriendo sus brazos de cemento y fierro, para soltar en forma desordenada y tempestuosa el caudal que contenía en su vientre. Casi al instante, todas aquellas tierras bajas aledañas, tomadas por sorpresa, se vieron cubiertas por la gran avenida sepultando a sus moradores y arrasando implacablemente todo aquello que se atravesaba en su paso impetuoso.

Al principio, entre gritos desesperados y confusos escuchábamos los ayes inútiles y angustiosos de las víctimas, los lastimeros balidos de las ovejas, los desgarrantes ladridos de los perros, el imperioso cacaraqueo de las gallinas y una serie interminable de explosivos ruidos extraños y sordos como de casas desplomándose y sacudiéndose violentamente y los agudos y espeluznantes chillidos de los alambres eléctricos que chicoteaban sin gobierno silbando por los aires un lúgubre canto de muerte.

Por un verdadero milagro nuestro barrio no fue inundado por encontrarse más alto que el resto de la población, pero obedeciendo al aviso apremiante del instinto de conservación, toda la familia, incluyendo a los animales domésticos, nos trepamos a la azotea de la casa, divisando a lo lejos la gran cresta de la creciente, que en forma aterradora, como una guadaña gigantesca, venía segando vidas por centenas.

Casi rozando nos pasaron las embravecidas aguas llevando en su alocada carrera un increíble cargamento de seres y cosas: cadáveres de hombres, mujeres, niños, ancianos, perros, gatos, caballos, vacas, roperos, camas, maderas, telas desgarradas, pedruzcos, carretas, árboles y hasta casas enteras. Aquello era inconcebible, una pesadilla arrancada de las mismas entrañas del infierno. Vimos inauditos actos de valor y un sinnúmero de hechos cobardes. Abandonos de hijos, de esposas y hasta de madres. Allí cada quien luchaba por salvarse a sí mismo. Escenas de tragedia y si cabe, de risa helada. Comedias donde el dramatismo y la comicidad, apenas se medían en el ancho de un cabello. Mujeres anónimas, madres heroicas que sin vacilar se arrojaban en aquellos brazos turbios tratando de salvar a sus pequeños. Hombres que soltaban a sus mujeres por asirse a un madero de esperanza. Actos de valor insensato como aquel que arriesgó su vida por salvar la de su gallo. Niños aterrorizados que velozmente pasaban sobre los despojos de sus hogares, camino a la muerte. Viejecitas que agarraban en un último y desesperado esfuerzo la mecedora de sus añoranzas en las asesinas aguas achocolatadas. Cristos mutilados navegaban en ruda y cruel ironía al lado de cuadros de mujeres desnudas con los cabellos pintados; mientras que sobre un tablón endeble un cerdito gruñía a su compañera abriendo sus ojos azorados. De vez en vez, cruzaban piernas, brazos y cabezas sin vida. Inútil, absolutamente inútil poder hacer algo. Los que teníamos la fortuna de estar viviendo, queríamos morir de dolor y desesepación por nuestra impotencia.

Día veintiocho de Agosto de 1936. Fecha catastrófica para mi querida y joven ciudad. Final de todas las luchas y de todos los esfuerzos que iban encaminados al bienestar y al progreso.

Dolor y angustia. Destrucción y muerte. ¿Por qué Dios mío? como un eco colectivo se elevaba la pregunta sin respuesta. ¿Por qué Dios mío? ¿Por qué?...

XV

Tiempo. Gran amigo. Hacedor y deshacedor. Su solo

transcurso mitiga, reconforta y alivia las penas más hondas. A su paso las llagas se cierran, la mente se distrae y finalmente todo se resume en el recuerdo.

Poco a poco se restañaron las heridas en los cuerpos y en las almas. Las brechas, las casas derrumbadas, aquellos lodazales, fueron desapareciendo para dar paso a una nueva ciudad, remozada y modernizada; su fisonomía volvió a ser limpia y hermosa. Solamente como prueba y testimonio del recién pasado, los vestidos negros de las mujeres, cual banderas luctuosas, acusaban la tragedia ocurrida.

Realmente no sé cómo calificar a aquellos primeros colonizadores de mi ciudad, sólo se me antoja decir que eran sencillamente unos verdaderos hombres. Invencibles, volvieron a poner piedra sobre piedra y pronto el humo de las pequeñas fábricas, retornó a volar en el aire con mensajes de prosperidad y victoria.

Tomando experiencia del grave suceso, las aguas se desviaron canalizándolas hacia otras zonas donde más tarde fueran guardadas por una gran presa; como casi todo hubo de cambiarse, las avenidas se ensancharon, las calles se alinearon y toda la ciudad en un concierto de orden se transformó en una nueva urbe más limpia, más simétrica, en una palabra, en una futura gran metrópoli.

Volviendo a nuestro héroe Sebastián, diré que desde un principio guardó su distancia respecto a su esposa legítima, tratándola con la compostura y el respeto que se le prodiga a una madre. El había cumplido la promesa a su padre y veía en doña Esther a la verdadera esposa de don Ramón. Es más, él continuó durmiendo en su mismo humilde cuartito y al recrudecer en ella sus viejas enfermedades, empezó a cuidarla y atenderla casi como lo hacía con su padre.

Como el trabajo aumentaba en la peluquería, Sebastián contrató a un joven aprendiz para que lo auxiliara y también—esto por consejo de las vecinas— a una muchacha que pudiera atender tanto a la inútil de doña Esther como a los quehaceres propios de la casa.

En un principio y antes de solicitar la ayuda de las personas mencionadas, Sebastián se había hundido materialmente

en todos los aspectos. El hombre se notaba acabado, extenuado y poco comunicativo. Ahora y sobre todo con la presencia de María, su humor volvía a cobrar aleteos de optimismo.

Aquella jovencita pulcra, seria y bonitilla que llevara el mismo nombre de la madre de Cristo, comenzó a influir lenta pero eficazmente en el ánimo de Sebas. Sus ojos, aquellos ojillos que tiempo atrás brillaron con fulgores extraños cuando andaba chiflado con Graciela, adquirieron resplandores nuevos y su paso cobró la agilidad y firmeza de una persona que se siente joven y saludable.

Invariablemente todas las mañanas oíamos desde la casa la voz delgadita de Esther —¿Sebastián, ya te levantaste hijo?— Sí Esthercita, ya voy a atenderla —contestaba aquel desde su cuartucho.

Obvio sería repetir que aquel matrimonio absurdo era considerado como tal por el sacramento, pero en la realidad, la pareja —cuando menos Sebas— seguía viendo y tratando a Esthercita como la viuda de su padre.

Pronto y con los primeros claros del alba se escuchaba sonar el zaguán, en seguida los pasos precipitados de Sebastián y tras cerrar la puerta, breves taconazos anunciaban que María había llegado. Así se iniciaba día tras día, un ritual que llegó a hacerse una costumbre. Al principio, cuando Sebastián abría la puerta y entraba María, se escuchaban cuchicheos y susurros, pero a medida que pasaba el tiempo aquello era todo una zalamería. Sebas corría eufórico y luego hablaba a grandes voces con María saludándola con mucha efusión. Aquellas atenciones y cortesías significaban muy a las claras los sentimientos del figaro hacia la muchacha y según se notó más adelante, aquellos chicoleos eran correspondidos por la joven que también se había enamorado de Sebastián.

Todo iba maravillosamente, pero de repente el rencor y los celos anidaron en un pecho egoísta: Esther iba a reclamar sus derechos de esposa...

XVI

El idilio iba cada día en aumento. Los enamorados ape-

nas sí disimulaban sus sentimientos frente a las demás personas. Pero todo mundo, sabiendo feliz a Sebastián que tanto había sufrido, se hacía de la "vista gorda" y aprobaba tácitamente el romance.

El peluquero estaba más activo que nunca y por vez primera en su vida, la fortuna le sonreía también en lo económico. Los clientes salían satisfechos por la ejecución rápida proveniente de sus diestras manos. A cada progreso, el figaro veía más por su figura y presentación. Primero se fue a arreglar la dentadura, en seguida, con ayuda de su auxiliar, principió a acicalarse y darse un corte de pelo interesante, después comenzaron sus visitas con el sastre y por último a procurarse buenas viandas y comer como Dios manda. Total aquel hombrecito cambió radicalmente y también las transformaciones se operaron en la propia casa. Poco a poco, aquel caserón sórdido, se fue convirtiendo en un albergue moderno, funcional y cómodo. Lo único que no cambiaba y por el contrario con el transcurso del tiempo se amargaba más y cada día se hacía más insoportable, era Esther. Sus lamentos y quejas eran escuchados por los vecinos inmediatos, quienes, conociéndola, ponían oídos sordos a sus ayes lastimeros.

A iniciativa de María, aquel nuevo hogar, ahora inundado de luz y alegría, recibió con júbilo una bandada de pájarillos que volaban a discreción dentro de una enorme y vistosa jaula que compró Sebastián, irradiando cantos y colores que se dispersaban por toda la casa y lugares circunvecinos. Desde nuestro hogar, oíamos complacidos los alegres trinos de aquellas avecitas de Dios.

Pronto, casi sin darse cuenta llegó la fatídica fecha del aniversario de bodas y con él, el golpe del recuerdo de la gran tragedia. Fue día de luto y de tristes remembranzas para el grueso de la población, pero para Esther fue la fecha del Aniversario de bodas, y ella como mujer casada, tenía derecho a que su primer año se recordara y lo que es el colmo... se celebrara; así, inopinadamente se lo manifestó en los albores de la mañana a su marido quien estaba muy distante

y ajeno a la extraordinaria y peculiar memoria de su esposa legítima, pensando solamente en el momento en que llegara su adorada María, motivo y fin de su nueva vida. Así que cuando escuchó la voz melosa y aflautada de la gorda: ¿hijo, te acuerdas? —hoy cumplimos nuestro primer año de casados, como estamos muy bien económicamente, quiero que a la noche invitemos a los vecinos y amigos para celebrarlo—. Al oír aquellas palabras, Sebastián se sintió herido como por un rayo viniendo en tropel a su memoria las escenas de la muerte de su papá y luego aquella promesa que su alma inmaculada y sumisa ofrendaba: contraer matrimonio con la querida de su padre. Y por si fuera poco, aquel día terrible, horrendo, infernal, aquel día arrancado de las páginas escalofriantes de la Divina Comedia, en la cual una ciudad entera se ahogaba, venía de nuevo a presentarse en fantasmagóricos pasajes. Pues sí, ese día estaba marcado fatalmente como la fecha de su matrimonio y ahora su hipopótamo consorte se encargaba de recordárselo y resregárselo en un alarde de cinismo. Con toda la furia contenida por tantos años de paciencia y pasividad, Sebastián, el nuevo Sebastián, iba a replicar impulsado por la ira, pero unos toques coquetos y breves anunciaron la llegada del ser más querido de la tierra: ¡María!, quien sin proponérselo ni saberlo, evitó por el momento el choque inevitable. Al oír Esther que Sebastián corría hacia la puerta, haciendo un esfuerzo tremendísimo logró incorporarse en la cama, quedando en una postura ridícula entre acostada y sentada, pero eso sí, con el oído muy alerta a la escena que se desarrollaba en el pasillo entre Sebastián y María quienes amorosamente agarrados de la mano, hablaban en voz baja comentando la actitud de Esther. Sebastián que no tenía secretos para con su amada, por un momento perdió su compostura y casi gritando le dijo: —Es una ingrata, quiere vengarse porque sabe que ando contigo— María, tratando de consolarlo y serenarlo le aconsejaba: —déjala, no le hagas caso, tú sabes que es un capricho, no puede la pobre sostenerse en pie—. En eso, se oyó algo que rebotó en el suelo y una aguda voceci-

lla que exclamó con odio: ¡ramera!...

XVII

Otra vez más y ante aquellos maullidos enloquecedores, el tropel de vecinos no se hizo esperar y pronto el patio que daba acceso a la habitación se vio inundado de curiosos, quienes ante los ayes dolorosos de la gorda y sus entrecortadas imprecaciones, no acertaban a entender, de fijo, qué era lo que decía, aunque se asomaban de repente frases clarísimas como: “ramera”, “ladrona de maridos”, y otras de color más subido.

Por fin y entre todos los que amablemente aportaron sus brazos para de pasada gozar (?) con aquellas turgentes, mórvidas y mantecosas carnes, Esther fue colocada en una silla, resoplando como una vieja locomotora. Una vez que se repuso un poco, empezó a lloriquear su desgracia, invitando con sus gimoteos y lágrimas a una compasión colectiva. —Canalla, me has traicionado con esa busca-hombres y tenía que ser en este gran día de nuestro aniversario. Saquen de aquí a esa mosquita muerta que ya no deshonre esta casa— y por allí la ramplona perorata, hasta que se vio interrumpida por una voz que, aunque denotaba emoción, era tranquila y sentenciosa: Tienes razón Esther, tenía que ser en este día, gran día de aniversario de Bodas para ti, pero también el más aterrador y trágico para nuestra comunidad. ¿Qué acaso no recuerdas que como una maldición en tu sagrado día de forzada y ridícula boda, la mitad de la población murió ahogada? Eres, además de tonta, una insensata egoísta, no tienes siquiera el menor recato, ni la más mínima vergüenza, ya que regaladamente te entregaste a don Ramón; y desatendiendo el llamado de algún sentimiento noble, no detuviste la promesa de un inocente, en el preciso momento en que es difícil decir que no a nadie. Eres la mujer más vanidosa y estúpida que he conocido. Desde el momento que no tuviste la dignidad para consumir el absurdo matrimonio que por

intermedio del cura, Dios sancionó, he sentido asco y desprecio por ti y aún siendo creyente como soy, tengo mis dudas muy serias respecto de la validez de tu casamiento. En cuanto a María, esa honesta y buena muchacha que vino a darle verdadera vida a Sebastián, vale sin comparación alguna un millón de veces más que tú, y a ella y a Sebastián les digo delante de todos, que defiendan su amor y realicen sus ilusiones de acuerdo con lo que la vida les reclama.

En el fondo, casi desapercibido, estaba el sencillo y humilde sacerdote quien dijo compungido en baja voz: —Tiene razón Aurelia, Dios me perdone, pero, tiene razón.

Aquellas palabras fueron las únicas y las últimas. El silencio reinó en la estancia y patio, comenzando a disgregarse los asistentes sin hacer comentarios. El Padre Juan se acercó a mi tía Aurelia acompañándola a través de los huertos rumbo a mi casa.

Entretanto mi cabeza todavía no acababa de acertar a comprender cómo había sido que mi tía Aurelia, tan callada, tan insignificante, hubiera sido capaz de hablar tan categóricamente, que nadie, ni Esther, ni el cura, se atrevieron a interrumpirla.

Poco a poco la gente fue dispersándose, quedándose sola, ridícula y triste, la gorda Esther en aquel viejo sillón de madera. Sebastián fue a encerrarse en su modesta vivienda y María calladamente se había ido rumbo a su casa.

Pronto cayó la noche de aquel día inolvidable. En el cielo gruesos nubarrones parecían querer recordarnos la tragedia pasada. Y en mi cabeza seguían martillando las palabras de mi tía Aurelia. ¿Pero cómo había sido posible que ella fuera la heroína? ¿Por qué tuvo el valor y la decisión de hablar así?

Más tarde, un poco más tarde, supe el por qué: Un pequeño incidente, una casualidad, me dieron la clave en la vida de Aurelia. Supe su gran secreto...

XVIII

Gotearon las horas. Cada mañana los alegres pajarillos

saludaban la llegada del astro rey, pregonando el nuevo día con gorjeos de felicidad.

Sebastián, de nuevo triste y abatido, daba de comer a las avecillas que le había dejado en prenda su amada y tal como ella lo hacía, las llamaba por sus nombres, nombres puestos de acuerdo con las gracias o cualidades de los pajaritos, así: coqueta, peinada, brincona, monada, eran los pequeños bautizados, que al recibir sus granitos de alimento, entonaban verdaderas sinfonías de agradecimiento.

Constante, fiel y tan bueno que olvidaba agravios, Sebas daba todas las mañanas sus vueltas a Esther para preguntarle como había amanecido y que era lo que podía ofrecerle. La pobre gorda había quedado sumida en una especie de letargo. Humillada y despreciada, procuraba no llamar la atención, desplazándose torpemente como una sombra al baño, cargando sola y a duras penas, como un fardo, su enorme cuerpo. Daba mucha lástima verla tanteando con sus toscas manos —ojos de ciego— las vasijas que iba a utilizar. Esther estaba quedando irremediablemente ciega y su salud se desmejoraba, por lo que Sebastián llamó al médico para que la visitara con regularidad y optó, por consejo de éste, por ponerle a su cuidado a una muchacha estudiante de enfermería durante la crisis.

Después de aquel incidente, María no había vuelto a la casa, yéndose a vivir con unos tíos a un pueblecito no muy distante de la ciudad. Esos parientes era lo único que le quedaba en la vida, pues sus padres y hermanitos habían muerto cuando la inundación, salvándose ella por la coincidencia milagrosa de estar en esos días terribles, visitando a los mismos familiares a los que ahora de nuevo recurría. Su tío Anselmo y su tía Teresita eran primos entre sí, siendo la segunda, hermana de su casi recién finada mamá.

Aquellos viejos veían a María como a su propia hija y ahora más que nunca estaban encariñados con ella, pues la tragedia les había traído al hijo que nunca pudieron concebir.

Por su parte, Sebastián, ya sabedor del paradero de María, por carta solicitó el permiso correspondiente para poder ir a visitarla y una vez concedido, cada domingo desde muy temprano abordaba el tren que lo conducía cerca del poblado en cuyo andén de la pequeña estación, lo esperaba su amada en un guayín tirado por caballos para llevarlo en seguida al mero casco de la hacienda.

Cerca de la casita pobre, pero confortable, dominaba el contorno una breve colina a donde solían subir los enamorados a confiar sus cuitas de amor a la madre naturaleza. De la cúspide, que remataba en una meseta levemente inclinada, se podía admirar un paisaje de ensueño; pinos grandes y alargados rascaban con sus estiletes verdes el azul limpio y transparente del cielo; árboles de tonos parduscos serpenteaban caprichosamente la ladera de la montaña, contrastando con los guños de los álamos plateados y la coqueta esbeltez de los eucaliptos.

Por la noche, Sebas se despedía y cerca de la madrugada del lunes, recién llegado, se aprestaba de nuevo a trabajar, después de dormitar en el tren durante todo el trayecto. Cada fin de semana se hilvanaba a otra y la costumbre empezó a dejar huella. Al regreso, arrullándose con el monótono traqueteo de las ruedas del tren, Sebastián soltaba a volar las palomas de su fantasía y se imaginaba viviendo con María, juntos los dos, como dulces y amantes esposos. Soñaba en ser feliz y plenamente sentir cerca de sí al ser amado. Comprendía que el tiempo pasaba y muy pronto sería un viejo. Así que rogaba calladamente a Dios que le ayudara a resolver su problema. Le urgía reclamar a la vida su pedazo de dicha, antes que fuera demasiado tarde.

Sabía que legalmente podía intentar el divorcio de Esther, pero lo que más le preocupaba, mortificando tanto a él como a María era el aspecto espiritual, el religioso, pues desbaratar el lazo sacramental, era casi un imposible. El padre Juan le había dicho que tendrían que hacerse gestiones directas en el Vaticano, en Roma, ante un organismo llamado de la Rota, que conocía el aspecto legal y religioso del pedimento de divorcio, pero que éste procedimiento era muy tar-

dado y costoso. Se sentía en su interior liberado de la injusta carga que le impuso su finado papá, pues el propio sacerdote después del incidente de Esther, habló con él y le tranquilizó la conciencia, ya de por sí pura e inmaculada.

Así transcurrieron cerca de cuatro meses, hasta que un lunes por la madrugada, cerca de Nochebuena, al llegar a su casa, casi se le paralizó el corazón. Los vecinos a boca de jarro, le anunciaron que la gorda Esther, su legítima esposa, yacía muerta y la policía investigaba...

XIX

Gran alboroto se armó cuando hizo su aparición Sebastián. El policía encargado de la investigación recién llegado de la Capital, inmediatamente ordenó a sus subalternos la aprehensión del peluquero. Este aturdido y sorprendido, reclamaba débilmente y con voz apagada su situación, preguntando qué era lo que había pasado. El polizonte en tono majadero y malicioso le espetó: --para qué te haces, si le diste su toma a la gorda. Segundos después lo llevaban casi a rastras hasta el borde de la cama en donde grotescamente reposaba el cadáver de Esther.

El pobre figaro no salía de su asombro. Tartamudeando y con los ojos llorosos y desorbitados preguntaba con angustia qué era lo que había sucedido. Al volver la cara se encontró con rostros duros y burlones. Más toscos y más fríos que el propio rostro de la muerte.

A empellones, cebándose en su debilidad e indefensión, aquellos salvajes representantes del orden y la justicia, arrojaron al presunto criminal en un coche desvencijado que pronto se encaminó a la tétrica cárcel ubicada en las afueras del poblado.

Por vez primera en la historia de la incipiente ciudad, por la noche se lanzó una "Extra" traída exprofeso de la cercana Capital, sin duda, alguien, algún cobarde de poco corazón, había hecho la denuncia del supuesto asesinato ante las autoridades judiciales de la vecina urbe, consistente en una sola hoja que encabezaba a ocho columnas el siguiente titular: SANGUINARIO CRIMEN y luego una relación de hechos espeluznantes en los cuales apuntaba el redactor que la

población temblaba ante la presencia de un sádico criminal que había asesinado monstruosamente a su "atractiva" esposa, y por ahí la sarta de estupideces que llevaban el objetivo de inculpar y prejulgar al aborrecible Sebastián.

Los vecinos, sabedores de la conducta de Sebas, a quienes les constaba que la difunta no había derramado una sola gota de sangre, ni tampoco era "atractiva", encabezados por los principales jefes de familia se unieron para defender al peluquero. Don Jesús, comerciante ampliamente conocido y estimado por su solvencia moral y honradez, contrató los servicios de un abogado, para que se aprestara cuanto antes a defender al que sabíamos de antemano era inocente. Su propósito era que Sebastián fuera puesto en libertad absoluta antes de la ya muy próxima Navidad.

Mientras tanto, allá en la inmundada prisión, Sebas era vejado y humillado en su dignidad de persona humana cumpliéndose en este hombre, la antigua y eterna crueldad. Pocos eran realmente los delincuentes y salvo raterillos y vagos, al caerles un pez gordo a los estafalarios polizontes, éstos creyeron que maltratándolo y aislándolo en el peor de los calabozos, hacían un acto de colaboración a la justicia. El fígaro lloraba desconsoladamente mirando por la única ventanilla al cielo implorando la comprensión y clemencia divinas...

XX

Una tarde, recién llegado de la Escuela y como era costumbre, me puse a jugar con Lobo, el enorme perrazo pastor alemán, a quien le hacía muchas maldades encerrándolo en el cuarto de triques y observando cómo se las ingeniaba para escaparse. En aquel cuartucho desvencijado, existían varias cajas que ya en otras ocasiones había abierto por curiosidad y sabía que contenían altos y emplumados sombreros muy pasados de moda y que con inexplicable celo guardaba mi tía Aurelia hasta, quizá, la consumación de los siglos. Esa tarde, lobo, en su afán desesperado por salir de su prisión —ya que lo había encajonado prácticamente— pretendió escabullirse saltando por arriba y derrumbó estrepitosamente algunas de las cajas sombrereras. Oí un tintineo metá-

lico y vi semi-oculto en una de las tapaderas, un pequeño sobrecito ya muy amarillento, parecido a una esquila, y que ostentaba, con letra muy garigoleada y menuda la siguiente leyenda: "Respetable señor Don Valeriano Garza de las Fuentes". De inmediato, entre temeroso e intrigado abrí el sobrecito y me encontré con el contenido siguiente: "Muy Respetable Señor: Tengo el alto e inmerecido honor de pedir en matrimonio la mano de su delicada hija Aurelia. Al leer este nombre, me dio un vuelco el corazón, pues por el raro estilo de la letra, me pareció leer Amalia, en lugar de Aurelia y Amalia era mi santa madre, a la cual pedía en matrimonio nada menos que Francisco Paredes Treviño, mi padre. Me quedé helado y pensativo y sin soltar la tarjetita, recogí del suelo dos pequeñas moneditas de oro, cuya fecha coincidía con la del matrimonio de mis padres. De pronto, súbitamente, me pareció ver la luz y recordé vagamente algunos trozos de pláticas que escuché muy niño entre cercanos parientes... sí, ahora hilvanaba. Conjeturaban que aquel antiguo enamorado de la esquina, mi padre, pretendía realmente a Aurelia, no a Amalia con la que se casó. Al volver a fijar mi vista con más insistencia sobre aquel hallazgo, sentí, intuí, la presencia de alguien. No salía de mi atolondramiento, me parecía por unos instantes perfectamente claro que la mujer pedida en esa esquelita era aquella cuyo nombre aparecía cada vez con mayor precisión. Sí, sin lugar a dudas —pensé— aquí se trata de Aurelia. Pensé que posiblemente mi abuelo, corto de vista, cometió sin quererlo, la más aberrante e injusta equivocación al leer e interpretar mal el verdadero nombre y quizá mi padre obligado por las circunstancias de aquellas estrictas normas sociales imperantes, no tuvo el coraje de hacer aclaraciones, o no pudo a tiempo —Dios sabría las razones— enmendar el absurdo error. Me acerqué nerviosamente al tragaluz para observar de nueva cuenta aquellos trozos, cuando una fuerza superior me hizo volver mi vista hacia la puerta. Allí, paradita, quieta, silenciosa, pero con los ojos llorosos estaba mi tía Aurelia. Al verme sorprendido, corrí, con la cartita en la mano y la abracé con todas las fuerzas de mi alma. Ella, que no derramaba jamás una lágrima